DE LOS PELIGROS DE LA CREDULIDAD ACRÍTICA EN TIEMPOS DE MERCADO ESPIRITUAL

*María Teresa López Fernández**

RESUMEN: En una época caracterizada por el derrumbamiento de los referentes tradicionales, el debilitamiento de las religiones institucionalizadas y la aniquilación de los sentidos fuertes de los conceptos de verdad y bien, surgen los llamados movimientos de la Nueva Era como alternativa para la necesidad de sostén y sentido del hombre contemporáneo. La reivindicación del pensamiento crítico se torna urgente como principal salvaguarda individual y colectiva frente a lo que pudiera tratarse, en algunos casos, de fenómenos de mercado, consumo y charlatanería espiritual.

THE DANGERS OF UNCITICAL CREDULITY IN TIMES OF A SPIRITUAL MARKET

ABSTRACT: In an era characterized by the fall of traditional references, the weakening of institutionalized religions and the destruction of the absolute senses of truth and good, emerge New Age movements, an alternative to the need of support and meaning to the contemporary man. It becomes urgent to revindicate critical thinking as the main individual and collective safeguard to the spiritual quackery, mercantilism, and consumerism phenomena.

PALABRAS CLAVE: pensamiento crítico, Nueva Era, espiritualidad, posmodernidad, mercado.
KEY WORDS: critical thinking, New Age, spirituality, postmodernity, market.

RECEPCIÓN: 21 de febrero de 2016.

APROBACIÓN: 26 de agosto de 2016.

*Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

DE LOS PELIGROS DE LA CREDULIDAD ACRÍTICA EN TIEMPOS DE MERCADO ESPIRITUAL

*Hemos de evitar, es cierto, que el alma,
cuando cree lo que no ve, se finja algo irreal
y espere y ame lo que es falso.*

AGUSTÍN DE HIPONA¹

El proceso moderno de secularización —impulsado con mayor claridad a partir del siglo XVII— tuvo un efecto en la visión del mundo occidental, en particular en lo referente a la religiosidad como forma fundamental de explicación de la realidad y de delimitación moral de la conducta humana. Sobre las implicaciones de este proceso, Sánchez Carrión apunta:

Bajo la óptica multidimensional, *secularización* significa primeramente un proceso de *laicización* que implica que la religión pasa a ser una institución más entre otras muchas, ya sin la pretensión de ser globalizante. [...] En segundo lugar, la secularización significa una alteración en la *participación religiosa*, que se refiere al grado de compromiso de los individuos con las instituciones religiosas. El *cambio religioso* es el tercer elemento de este enfoque y hace referencia al cambio de postura de las instituciones religiosas en cuestiones de creencias, moralidad y rituales, que supone el surgimiento y descenso de los diversos grupos religiosos.²

¹ San Agustín, *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, 1956, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, trad. de Luis Arias, p. 511.

² Miguel Ángel Sánchez Carrión, *La Nueva Era: ¿Sacralización de lo profano o profanación de lo sagrado?*, 1999, México, IBERO-ITESO, pp. 24 y 25.

Con el advenimiento de la secularizada era moderna, el hombre, específicamente el individuo, se erige como valor absoluto y criterio último para definir, para y por sí mismo, a través de sus propias facultades sensibles y racionales, los propios parámetros epistémicos y éticos. Lejos de supuestos dictados divinos o normativas eclesiásticas, pero también de una emancipada permisividad, está recién conquistada autonomía exalta el deber de la obligación moral por una intrínseca exigencia racional, apuntada con considerable optimismo hacia la perfectibilidad del género humano y el progreso de la civilización. La Ilustración consolida así una nueva fe en la rigurosidad del conocimiento científico y filosófico como cimientos ciertos y seguros para una alcanzable universalidad de la verdad y la bondad, constreñidas a la medida del hombre en su condición de sujeto.

Esta confianza básica en las capacidades humanas y en su potencial ilimitado para el progreso fue puesta en tela de juicio hacia 1950, tras la bomba atómica, los holocaustos y la destrucción de Europa, testimonios de las innegables posibilidades destructivas de la razón y del conocimiento científico y tecnológico. En consecuencia, en las décadas de 1960 y 1970 amplios sectores sociales hicieron un frente contestatario para oponerse a los cimientos mismos de la época moderna. Se sentaron entonces las bases para la transformación posmoderna occidental que, en la década de 1980, emprendió la fluida travesía cultural por nuevas pistas, claves o modelos que, sin pretensiones de Verdad (con mayúscula), universalidad o atemporalidad, pudieran brindar orientación transitoria al accionar del ahora desamparado hombre, vacío de Dios y de sí mismo.

La posmodernidad se caracteriza por la flexibilización y el uso extensivo de eufemismos, la relativización y la inmediatez. Frente a cualquier forma de exigencia categórica se privilegia la subjetividad a la carta, la vida libre, la satisfacción inmediata del deseo, la estimulación de los sentidos, la comodidad consumista y el bienestar individual. La moral adquiere, en términos de Lipovetsky, la cualidad de indolora, en medio de una especie de minimalismo ético preocupado más por los límites de lo no permitido que por la afirmación positiva del deber.³ El individuo

³ Cfr: Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, 2012, Barcelona, Anagrama, trad. de Juana Bignozzi, pp. 46-57.

asume, a partir de aquí, su autoconstrucción personalizada en un movimiento de reciclaje permanente orientado por un referente único: el demandante Narciso y su hambre insaciable de felicidad *light*. El sentido de lo comunitario se debilita y sus elementos relacionales de identidad y cohesión se reducen a una mínima superficie; las instituciones tradicionales pierden su poder social de determinación y el individuo es dejado a su propia suerte de consumidor capitalista, esto es, al libre arbitrio de su capacidad de elección en cada uno de los ámbitos de la existencia, sujetos ahora con exclusividad a la ciega lógica del mercado. Como afirma Lipovetsky,

es el proceso de personalización lo que ha permitido esa distensión *cool* de las referencias sociales, la legitimación de todos los modos de vida, la conquista de la identidad personal, el derecho de ser absolutamente uno mismo, el apetito de personalidad hasta su término narcisista.⁴

Esta nueva forma de narcisismo, libre de culpas morales, se abre sin ambages a la asunción de los contrarios e, incluso, a su coexistencia pacífica y simultánea en un mismo individuo. Así, es posible, por poner un ejemplo, ser cristiano y creer en la reencarnación.

Como parte del plural y personalizado menú, la posmodernidad trae consigo un proceso de desecularización contrapuesto al que, como hemos visto, fue uno de los rasgos más distintivos de la modernidad: el rechazo del paradigma religioso en pos de la exaltación de la razón y la ciencia como vehículos privilegiados para la explicación válida y verdadera del mundo. En este contexto, frente al modelo mecanicista-positivista de explicación causal de la realidad, se produce la vuelta a la espiritualidad como fuente de significación, si bien en unos términos peculiares y nuevos, radicalmente distintos a las formas religiosas de la erosionada tradición. La desecularización promueve, para ello, el revestimiento de una realidad anteriormente desencantada a través de una pretendida sacralización del mundo de lo profano, en un intento por recuperar el sentido de lo mágico y lo divino: “La atracción de lo

⁴ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, 2000, Barcelona, Anagrama, trad. de Joan Vinyoli y Michèle Pénanx, p. 109.

religioso es inseparable de la desubstancialización narcisista, del individuo flexible en busca de sí mismo, sin referencias ni certeza —aunque fuera la del poder de la ciencia”.⁵ Esta nueva religiosidad queda claramente plasmada en el movimiento de la Nueva Era, el cual, lejos de ser monolítico u homogéneo, engloba una amplia cantidad de escuelas, métodos, técnicas, filosofías de vida y terapéuticas, que comparten ciertos rasgos básicos comunes y una actitud “a la carta” frente a la realidad y el ámbito de lo espiritual.

En este contexto, el momento presente clama por el fortalecimiento del pensamiento crítico como ejercicio individual y colectivo generalizado, en una coyuntura en la cual la experiencia de la posmodernidad lanza al individuo al vértigo del vacío de referentes y normas incuestionables, condición aprovechada por algunas formas espurias de espiritualidad trastocadas por intereses mercantilistas que falazmente pretenden satisfacer una sed viva de sentido. Para esta recuperación de la criticidad, se hace necesaria la mediación entre la radicalidad del objetivismo, que subestima la construcción subjetiva de signos y símbolos y su constitución en realidades humanas, y del subjetivismo, el cual absolutiza la capacidad creadora del sujeto con el simple recurso de sus deseos e intenciones, hasta negar la existencia y los límites de la realidad objetiva. La primera sería la actitud cientificista, y la última, la propia de la espiritualidad de la Nueva Era. El enfrentamiento entre ambas actitudes constituye, curiosamente, una de las reediciones contemporáneas del viejo problema de la relación entre la razón y la fe.

No es aquí nuestra intención juzgar —ni mucho menos prejuizar— sobre la autenticidad o artificio, valor o futilidad, de ninguno de los movimientos adscritos a la Nueva Era. Se trata únicamente de mostrar la importancia de robustecer el pensamiento crítico para generar criterios mínimos de valoración y discriminación y evitar, así, que el vacío y la sed de sentido nos hagan presas fáciles en lo individual y en lo colectivo de charlatanes ávidos de negociar en el nuevo mercado de la espiritualidad. Los criterios en sí mismos deberán ser objeto de un estudio aparte; en este caso, nos abocaremos únicamente a defender su posi-

⁵ *Ibid.*, p. 118.

bilidad como resultado del ejercicio responsable y pertinente del examen racional. Cabe señalar que al hablar de la razón, nos referiremos en lo fundamental al ejercicio crítico de pensamiento que integra experiencia y lógica, y no a la absolutización racionalista que encumbra a la facultad racional como vía exclusiva o privilegiada de conocimiento.

Procederemos pues, a continuación, a describir brevemente la Nueva Era para, posteriormente, señalar algunos de sus peligros y subrayar, por último, la necesidad de fortalecer el pensamiento crítico.

La espiritualidad posmoderna de la Nueva Era

La primera dificultad al intentar conocer y describir la así llamada Nueva Era es la vaguedad, imprecisión y ambigüedad conceptual con las que opera. El movimiento se caracteriza por un eclecticismo que integra, no necesariamente de manera coherente, filosofías y religiosidades occidentales y orientales provenientes de muy diversas tradiciones, y se expresa en muy diversas escuelas, métodos o técnicas y movimientos espirituales que comparten, sin embargo, los elementos básicos comunes constitutivos del gran marco de la Nueva Era.

A partir de un peculiar sentido de lo místico que se coloca más allá de cualquier doctrina o dogma particular, esta especie de paradigma niega la preeminencia de las explicaciones mecánico-causales del mundo, propias de la ciencia moderna, para concedérsela a la idea de que los fenómenos son en verdad producidos por la manifestación de una conciencia universal vaga, indefinida, que toma el lugar vacante de la divinidad posmoderna. En contra de la fragmentación y la especialización científicas, el misticismo de la Nueva Era concibe la realidad como un todo integrado holísticamente, al cual aspira y se dirige. Donde la mente lógica lineal encuentra dualidad, antítesis, causa y efecto, la actitud mística predominantemente intuitiva descubre, en la profundidad subyacente y por debajo de la separación superficial e ilusoria, pura y auténtica unidad.

Aun cuando los orígenes de la Nueva Era sean poco claros debido a su desestructurado eclecticismo, el antecedente principal puede ser ubi-

cado en la Sociedad Teosófica, fundada por Helena Petrovna Blavatsky en 1875 con el objetivo de desentrañar la verdad común a todas las religiones y sabidurías de la humanidad y conformar una nueva y única religión mundial. La expresión “Nueva Era” fue acuñada por la inglesa Alice Anne Bailey (1880-1949), que había sido integrante de dicha sociedad.⁶ Más adelante, los movimientos contraculturales de la década de 1960 contribuyeron a delinear esta forma de espiritualidad, que se consolidó en la década de 1980.

De acuerdo con sus seguidores (entre los cuales predominan en la actualidad los occidentales urbanos de un estrato socioeconómico medio o alto), nos encontramos al inicio de una nueva etapa, la Nueva Era o Era de Acuario, en la cual el paradigma racionalista, institucionalizado, rígido y belicoso, propio de la pasada era de Piscis, será transformado a partir de una mayor sensibilidad y expansión de la conciencia humana, abierta ya a la captación de las manifestaciones de la energía divina y preparada para alcanzar la armonía y el entendimiento pleno entre los hombres. En la teoría, su cuerpo doctrinal milenarista incluye y mezcla esoterismo, magia, hechicería y chamanismo, espiritismo, religiones antiguas y paganas, gnosticismo, cristianismo, hinduismo, jainismo, budismo, taoísmo, confucionismo, satanismo, astrología y ecologismo. Pretende fundamentarse sobre versiones propias de temas científicos, en particular de la física cuántica, y ha desarrollado una completa industria en la literatura, el cine y la música que ha logrado penetrar, sutil y subrepticamente en amplios sectores de la cultura popular contemporánea.⁷

La Nueva Era se asocia también al enfoque de la psicología llamado transpersonal, surgido en la década de 1960, el cual postula que el ego individual es ilusorio y, por tanto, la meta del crecimiento y la realización personal deberá consistir en expandir las fronteras egoicas hasta la final integración en la unidad del todo.⁸ Algunos de los movimientos de la Nueva Era recuperan además ciertos elementos de los saberes y prácticas tradicionales de los pueblos originarios, como es el caso de la utilización de sustancias propias de las prácticas espirituales

⁶ Cfr: Sánchez Carrión, *op. cit.*, pp. 33 y 34.

⁷ *Ibid.*, pp. 34 y 35.

⁸ Cfr: Ken Wilber, *La conciencia sin fronteras: Aproximaciones de Oriente y Occidente al crecimiento personal*, 2006, Barcelona, Kairós.

indígenas y rurales tales como la ayahuasca,⁹ el peyote y los hongos alucinógenos.

En cuanto a su fundamentación científica (o pseudocientífica), la Nueva Era defiende lo que considera un nuevo paradigma más allá de los rígidos límites de la ciencia tradicional identificada con la física newtoniana. A partir de algunos elementos de la física cuántica, los defensores de esta “nueva ciencia” conciben el universo de tal modo, holísticamente, que física y mística entrecruzan sus fronteras difusamente:¹⁰ la Tierra es vista como un gran organismo y reinterpretada en los términos de la antigua diosa Madre Naturaleza o Gaia.¹¹ Al interpretar la realidad en su conjunto en términos de energía, las diferencias ontológicas se reducen a meras vibraciones energéticas de frecuencia distinta, con lo cual cobran sentido expresiones hoy populares del tipo “todos somos Uno”. En esta dirección, Dios no es más que la energía y las leyes que la gobiernan, de donde se deduce el carácter divino de todo lo existente, incluido, desde luego, el hombre.¹² En esta especie de panteísmo o de disolución idealista de la individualidad, el Método Pathwork¹³ afirma, por ejemplo, lo siguiente:

El Ser Superior es nuestra encarnación personal del espíritu universal que se mueve a través de todas las cosas y nuestra conexión con él [...] Es un continuo que empieza en el nivel del ego y se amplía, se profundiza y se expande hacia los niveles transpersonales de la conciencia y hacia la experiencia de unidad con Dios.¹⁴

La divinidad no es concebida, pues, en términos personales, sino como fuente y sustrato ontológico universal, entendido como energía e

⁹ Para un primer acercamiento al fenómeno reciente del auge de la ayahuasca en el mundo occidental, puede consultarse el documental *Ayahuasca: Vine of the soul* (2010), de Richard Meech.

¹⁰ Cfr. Sergej Flere y Andrej Kirbiš, “New Age, religiosity, and traditionalism: A cross-cultural comparison”, *Journal for the Scientific Study of Religion*, vol. 48/1 (2009), pp. 161-184.

¹¹ Cfr. Sánchez Carrión, *op. cit.*, pp. 32 y 42-44.

¹² Cfr. *Ibid.*, p. 48.

¹³ Método de desarrollo personal y espiritual creado por la austriaca Eva Pierrakos (1915-1979), quien entre 1955 y 1979 transmitió en Estados Unidos, por supuesta canalización, una serie de conferencias dictadas por una entidad espiritual llamada *el Guía*.

¹⁴ Susan Thesenga, *Vivir sin máscaras: Método Pathwork para enfrentar los patrones destructivos que limitan tu realización personal*, 2012, México, Pax, trad. de Víctor Becerril Montekio, pp. 255 y 256.

identificado vagamente con el amor. En el ser humano habita la “chispa divina” (postulada ya por los paganos en la antigüedad) y en ella se halla su más profunda y auténtica identidad, la cual se expresa a través de la personalidad individual compuesta de un alma y de un cuerpo mental, emocional y físico. Dada la divinidad esencial de cada uno, la intuición —íntimamente ligada a la experiencia emocional—, la “voz interior” o “el corazón”, se convierten en los criterios fundamentales para dar sentido y guiar la acción y el desarrollo personal, el cual consiste en el progresivo descubrimiento de la identidad real divina que yace en lo profundo del yo.¹⁵ La creencia en la reencarnación propia de las religiones orientales es recuperada en el planteamiento de que el hombre experimenta individualmente el proceso de aprendizaje y expansión espiral de la conciencia a través de sucesivas vidas:¹⁶ “Solo después de haber superado sus involucramientos negativos, el hombre concluirá el ciclo de vidas en esta esfera y su desarrollo continuará entonces en otras esferas de vida, que ofrecerán nuevas condiciones compatibles con su nuevo estado”.¹⁷

El poder de la intención subjetiva es exacerbado hasta el punto de considerar la realidad un producto de la creación de la conciencia. Expresiones populares y comunes en los medios de comunicación como “decretar” la felicidad, la abundancia económica, la paz, etc., obedecen a esta creencia. El pensamiento es capaz de crear, por sí mismo, salud o enfermedad, paz o guerra, prosperidad o pobreza, según se orienten sus intenciones hacia la positividad o la negatividad: “Si repites algo suficientes veces lo conviertes en una ‘realidad’, y si tu pensamiento está en una onda Theta lo suficientemente profunda, es posible hacer que se materialice instantáneamente en la realidad”.¹⁸

¹⁵ Cfr. Dick Houtman y Stef Aupers, “The spiritual turn and the decline of tradition: The spread of post-Christian spirituality in 14 Western countries, 1981-2000”, *Journal for the Scientific Study of Religion*, vol. 46/3 (2007), pp. 305-320.

¹⁶ Cfr. Sánchez Carrión, *op. cit.*, p. 62.

¹⁷ Eva Broch Pierrakos, “La dualidad a través de la ilusión: transferencia”, Fundación del Pathwork, México, en <http://www.pathworkmexico.org/sitio/downloads/conf_118_m.pdf>, consultado el 9 de julio de 2015.

¹⁸ Renata Braun y Antonio Sánchez-Muñiz, “¿Qué es ThetaHealing®?”, Theta Healing México, en <<http://www.thetahealingmexico.com/ThetaHealing.htm>>, consultado el 19 de julio de 2015.

Gil y Nistal, estudiosos de esta nueva forma de religiosidad, afirman:

Así, la NA [Nueva Era] puede definirse como: *la propuesta de una cosmovisión —sincretista y ecléctica respecto de diversas tradiciones culturales y autores— de toda la realidad, presentada como nueva conciencia integral ecológica y holística, que sin un cuerpo doctrinal preciso y homogéneo, encuentra en la dimensión religiosa su mayor florecimiento como expresión de una espiritualidad panenteísta, cósmica e inmanente.*¹⁹

Las pretensiones de verdad absoluta de las religiones tradicionales son denegadas para constituir, en cambio, una espiritualidad tipo *collage* acorde con el antojo individual. Serán muchos, tantos como individuos e iguales en validez (¿o invalidez?), los caminos espirituales para el restablecimiento de la unidad de todo lo que es, esto es, para la fusión de las partes en el todo divino.²⁰

El pensamiento en descrédito: ¿una artimaña irracionalista?

Como resultado de la amplia penetración de las diversas espiritualidades de la Nueva Era en la cultura popular contemporánea, es posible topar con su frecuente presencia en los medios masivos y digitales de comunicación. Por radio o televisión, en redes sociales y servicios de mensajería instantánea, se difunden cotidianamente mensajes breves, fragmentarios y descontextualizados que, sin mayor trasfondo, se ofrecen al arbitrio de la interpretación más acorde con el antojo del emisor y el receptor en turno. A manera de ejemplo, el siguiente texto atribuido a Krishnamurti:²¹ “La mente, obsesionada por el pensar, ha perdido

¹⁹ Juan Carlos Gil y José Ángel Nistal, “New Age”: *Una religiosidad desconcertante*, 1994, Barcelona, Herder, p. 193. En este texto es posible encontrar un listado amplio de técnicas, escuelas y prácticas contemporáneas que, a consideración de los autores, presentan las características básicas y pueden ser, por tanto, consideradas propias del movimiento de la Nueva Era.

²⁰ Cfr. Jacqueline Hodder, “Spirituality and well-being: ‘New Age’ and ‘evangelical’ spiritual expressions among young people and their implications for well-being”, *International Journal of Children’s Spirituality*, vol. 14/3 (2009), pp. 197-212.

²¹ Orador y escritor indio nacido en 1895 y muerto en 1986, asociado originalmente al movimiento teosófico.

contacto con su incondicionada libertad original, se ha dejado limitar por el tiempo y ha reducido su espacio a la identificación. Al librarse del pensar recobra un espacio inmenso y otorga un nuevo sentido al tiempo”.²² Más allá de lo problemático de la afirmación como tal, nos interesa resaltar que puede ser interpretada y, peor aún, utilizada, en su fragmentariedad y aislamiento, como una incitación a desechar de tajo y sin distinción cualquier forma de pensamiento: al librarnos del pensar nos libramos, sí, del razonamiento soberbio, obsesivo, parcial, estéril y neurótico que, por su intrínseca limitación humana, nos impide alcanzar grados más altos y profundos de conocimiento y de libertad, pero también nos libramos del pensamiento pertinente, fructífero y crítico que, en su área de competencia, produce conocimiento y orienta nuestra conducta y nuestra capacidad de elección. Al calificar al ejercicio de pensar únicamente a partir de sus limitaciones y deficiencias y promover su indiscriminado abandono, dejamos también de lado el ejercicio rico de razonar para, con sus justos límites y alcances, procesar críticamente nuestro siempre perfectible y aproximativo conocimiento de la realidad. Recalquemos: aquí no ponemos en cuestión la sabiduría ancestral de las distintas prácticas meditativas, sino la tergiversación que de ellas hacen algunas de las nuevas escuelas y métodos para rehuir al examen crítico al cual pueden y deben ser sometidos.

En los diversos movimientos de la Nueva Era es posible encontrar múltiples ejemplos de aseveraciones con una notoria connotación negativa en lo referente al ejercicio racional. No pretendo ser exhaustiva; invito al lector a cerciorarse por sí mismo y a realizar su propia recolección de ejemplos, que garantizo encontrará con facilidad. El Método Pathwork, por mencionar alguno, invita: “Suelta la actividad de la pequeña mente y da espacio para que surja un tipo diferente de conocimiento”.²³

Los científicos y los artistas han compartido la experiencia de que sus logros más creativos, o sus revelaciones más profundas acerca de la naturaleza del universo, llegaron cuando por fin soltaron el duro trabajo mental

²² Texto recibido a través del servicio de mensajería instantánea WhatsApp, sin mayor información referente a su fuente.

²³ Thesenga, *op. cit.*, p. 359.

y dejaron que surgiera a través de ellos alguna sabiduría o profunda visión. [...] Toda la creación es un asunto de “canalizar” la realidad interior hacia el exterior, dejando que se manifiesten la sabiduría, el amor y la belleza inherentes al universo.²⁴

En entrevista con miembros de algunos de estos movimientos, ante nuestras preguntas sobre su origen o su fundamento, hemos recibido respuestas como la que sigue: “Piensa usted demasiado. Mientras siga atrapada en las telarañas de su mente no podrá tener acceso a la experiencia de la cual le hablamos”. ¿Qué de sospechoso podría haber detrás de la aparente nobleza de buscar contribuir al bienestar humano? ¿Qué de reprochable podría haber en ello? Más que intentar dar respuesta a estas preguntas, cabe plantear otras más: ¿Es que acaso la mente es un auténtico obstáculo que debe ser eliminado o acallado para alcanzar la experiencia de la verdad, o se trata más bien en estos casos de la evasión de la crítica, del escape de los cuestionamientos por falta de argumentos sólidos? ¿Es esta especie de irracionalismo resultado de un auténtico misticismo intuicionista o se trata más bien de una artimaña para dar vuelta al examen crítico y atraer adeptos dóciles, maleables y fácilmente sugestionables?

De los peligros de la suspensión de la razón

En el viejo y siempre presente problema de la relación entre la razón y la fe, es posible encontrar diversos planteamientos según los cuales la racionalidad constituye un obstáculo insalvable para el descubrimiento experiencial de lo sagrado en la realidad humana. Ya, por ejemplo, en Kierkegaard, protestante, considerado padre del existencialismo, se encuentra la necesidad de suspender la razón para saltar, mortalmente y sin red, al territorio de la fe, el terreno de la excepción por excelencia, de la ausencia de normas y generalidades y de la paradoja absoluta. Nada aporta la racionalidad, desde esta perspectiva, a lo referido directamente a la divinidad o, en términos más amplios, a lo sagrado, que cae fuera

²⁴ *Ibid.*, pp. 368 y 369.

del ámbito de la argumentación y del conocimiento empírico o especulativo, es decir, de lo cognoscible comunicable. Sobre Abraham, el heterónimo kierkegaardiano Johannes de Silentio afirma: “Abandonó una cosa, su razón terrestre, y tomó otra, la fe; si no, pensando en lo absurdo de su viaje no habría partido”.²⁵

La excepcionalidad del caballero de la fe kierkegaardiano va impregnada de un carácter trágico, esto es, el individuo es interpelado, incluso en contra de su voluntad, en el encuentro con el Absoluto y, en medio de un profundo terror existencial, como fin exclusivo en sí mismo, es llamado a trascender la esfera racional y segura de la ética de la cual es observante fiel.²⁶ En el caso de las espiritualidades posmodernas de la Nueva Era, por el contrario, pareciera existir una búsqueda y promoción activa de la excepción; no, desde luego, de una excepción radicalmente exigente como la asumida por Abraham, prototipo y padre de la fe según Kierkegaard, sino una más emparentada con la excentricidad cómoda y llamativa, el pensamiento mágico y la ruptura del orden lógico.

Si pretender dar aquí una respuesta al problema de la posibilidad del conocimiento de lo divino, consideramos que algunas formas de las nuevas espiritualidades confunden en su irracionalismo dos niveles radicalmente distintos: en primer lugar, el de lo propiamente sagrado en la experiencia religiosa o espiritual y, en segundo, el relativo a las condiciones históricas, los fundamentos doctrinales y las implicaciones epistémicas, éticas, sociales, políticas y económicas de cada movimiento, escuela o iglesia en su carácter institucional. Concedemos como posible, entonces, alegar en el primero de los niveles la necesaria suspensión de la racionalidad para trascender las limitaciones humanas y hacer posible el encuentro experiencial con lo divino, pero en ningún caso reconocemos justificación alguna que sea válida para negar el lugar del pensamiento discursivo en el mencionado segundo nivel, a no ser

²⁵ Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*, 2003, Buenos Aires, Losada, trad. de Jaime Grinberg, p. 21.

²⁶ Cfr. Johannes Thumfart, “Schmitt como lector de Kierkegaard: El individuo y el Estado ante la excepción”, en Catalina Dobre, et al. (comps.), *El individuo frente a sí mismo: El pensamiento de Søren Kierkegaard*, 2014, México, Rosa Ma. Porrúa, pp. 327-329, 334 y 335.

que sea por pura arbitrariedad, ocultamiento y evasión tramposa de la crítica. Cualquier institución, si es seria, habrá de poder ofrecerse al escrutinio con transparencia, libertad y confianza.

Ayn Rand plasma, en *El manantial*, las peligrosas consecuencias de suspender inadecuadamente el ejercicio de la razón y la indudable conveniencia de dicha suspensión para los perversos intereses de quienes pretenden hacerse del poder en cualquiera de sus formas. En palabras del cínico personaje Ellsworth Toohey, leemos:

Los hombres tienen un arma de defensa: la razón. Córtelos ese soporte con cuidado. Pero no niegue francamente. No niegue nada francamente; si no, le descubrirán el juego. No diga que la razón es mala, aunque algunos hayan ido tan lejos con sorprendente éxito. Diga solo que la razón es limitada. Que hay algo por encima de ella. ¿Qué? Tampoco tiene que ser demasiado claro: “Instinto”, “Sentimiento”, “Revelación”, “Intuición”, “Dialéctica materialista”. Si llega a un punto crucial y alguien le dice que su doctrina carece de sentido, tiene que estar preparado para contestar. Dígame que hay algo por encima de los sentidos. De ahí que no debe tratar de pensar, sino de “sentir”. Él debe “creer”. Suspenda la razón y juegue a su manera. La cosa marcha de cualquier manera que usted lo desee y cuando lo necesite. Ya lo ha conseguido. ¿Puede gobernar a un hombre de pensamiento? No queremos a ningún hombre de pensamiento.²⁷

En sociedades en las cuales, a pesar de los avances científicos y tecnológicos incorporados a la vida y a los bienes y servicios cotidianos, predominan el analfabetismo científico y la ausencia de pensamiento crítico, charlatanes y mercaderes encuentran suelo fértil para la construcción de negocios deshonestos impunemente rentables. Con pobres barnices pseudocientíficos basta para convencer a un público hambriento de soluciones y certezas de las bondades de productos milagro, liberaciones espirituales en diez pasos y recetas fáciles y sencillas para alcanzar la felicidad. Múltiples y variopintos gurús ofertan sus promesas a un mercado irracional y emocionalmente desorientado y compiten por sus almas —y por sus bolsillos— con sabidurías de marca registrada.

²⁷ Ayn Rand, *El manantial*, 1959, México, Continental, trad. de Luis de Paola, p. 480.

Carl Sagan, el célebre astrónomo que dedicó buena parte de sus esfuerzos a la divulgación de la ciencia y al desmantelamiento de falsedades y engaños presentes en los medios de comunicación, la publicidad y el mercado, sostenía: “La seudociencia es más fácil de inventar que la ciencia, porque hay una mayor disposición a evitar confrontaciones perturbadoras con la realidad que no permiten controlar el resultado de la comparación”.²⁸ En su misma formulación, los postulados seudocientíficos se blindan inmunes a la comprobación y a la refutación y recurren, para atrapar a su público, al atractivo señuelo de lo extraordinario y lo maravilloso y, “como la divisa intelectual ha sido tan devaluada, como la credulidad —antigua y de la Nueva Era— es tan agresiva, como raramente se practica el pensamiento escéptico, no hay ninguna parodia demasiado inverosímil”.²⁹

Reconocer los límites del pensamiento y la existencia de otras formas de conocimiento a partir de la intuición, la emocionalidad o la experiencia, no tiene por qué significar la invalidación de la eficacia ni lo imprescindible de aquel en el área de su competencia, y mucho menos su abandono y olvido. Pareciera que lo que la Nueva Era satisface, obedece en realidad al hambre de prodigios y experiencias extraordinarias de una sociedad cómoda, vaciada e inmediateista, que se regodea más en el espectáculo que en la vivencia profunda, silenciosa, sutil y trabajada de la espiritualidad íntima.

La terrible responsabilidad y el invaluable privilegio de pensar por uno mismo

No cabe duda de que el ejercicio de la crítica puede ser una tarea ardua y solitaria. El escepticismo puede, por momentos, convertirse en una pesada carga cuando el anhelo de encontrar respuestas inamovibles y

²⁸ Carl Sagan, *El mundo y sus demonios: La ciencia como una luz en la oscuridad*, 2000, Barcelona, Planeta, trad. de Dolors Udina, p. 31.

²⁹ *Ibid.*, p. 262. Para profundizar en la problemática, se sugiere revisar el documental *An honest liar* (2014), de Justin Weinstein y Tyler Measom, en el que se expone un caso mencionado por el propio Sagan en la obra citada y se muestra el anhelo del gran público de creer en caminos y soluciones fáciles para sus problemas existenciales, con la consiguiente posibilidad que ello abre a los charlatanes para fabricar engaños escandalosamente lucrativos.

un sólido sentido de pertenencia envuelve al individuo en la incertidumbre y la desesperación.

La rigurosidad y la criticidad propias de la argumentación filosófica y del método científico los hace no perder nunca de vista sus alcances y sus límites, y mantener fuera de sí las pretensiones dogmáticas del conocimiento absoluto, seguro y acabado —estas últimas presentes, velada y paradójicamente, en las teorías vagas, imprecisas y superficiales de la Nueva Era—. La criticidad está lejos de significar cerrazón. Sobre la actitud científica, Sagan afirma: “[la ciencia] insta a un delicado equilibrio entre una apertura sin barreras a las nuevas ideas, por muy heréticas que sean, y el escrutinio escéptico más riguroso”.³⁰

Sin dejar de conceder que la fe posee su propio ámbito, radicalmente inalcanzable y en sí mismo inaprensible para las capacidades cognitivas humanas, los movimientos espirituales y religiosos ocupan asimismo, en su carácter histórico, un lugar terrenal netamente humano cuyas implicaciones éticas, sociales, políticas y económicas son, por tanto, plenamente susceptibles de ser sometidas a un examen crítico, empírico y racional, que valore su integridad y solidez en cada una de dichas esferas, sintomáticas de su seriedad y autenticidad. En todo caso, de lo que aquí se trata es de decidir críticamente, hasta donde ello sea posible, el salto de la fe, aun a partir del reconocimiento de la radicalidad de su riesgo. El examen atento de los diversos y múltiples movimientos y métodos que se nos ofrecen como alternativa de vida espiritual en lo relativo a su contexto histórico, ideológico y sociocultural, a su contenido teórico y su praxis, así como a sus derivaciones personales en lo psicológico, lo moral, lo social e, incluso, lo financiero, deberá evitarnos o, al menos, reducir el peligro de dar un salto suicida, cual víctimas crédulas de falsos profetas. Si queremos saltar, si hemos de saltar, se trata, en último término, de elegir consciente, comprometida y responsablemente dónde hacerlo.

³⁰ *Ibid.*, p. 46.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.